

# Tensiones internacionales en un mundo en transición: retos de la izquierda

JOSÉ L. CENTELLA GÓMEZ

Presidente del Partido Comunista de España

Las diversas crisis que se viven en la frontera europea de Rusia, no solamente la que se produce con Ucrania, sino también las que se sitúan en torno a Bielorrusia y alguna otras, deben analizarse desde la certeza de que forman parte de las tensiones que está generando un bloque de carácter imperialista, referenciado en lo que podemos llamar «eje del Atlántico Norte», que ve amenazada su pretensión de consolidar un orden internacional unipolar que le permita disponer de los recursos naturales del planeta en favor de mantener las altas tasas de beneficios que el capital necesita en estos momentos para superar la crisis que lleva años arrastrando.

En este sentido, es necesario recordar cómo tras la disolución del Pacto de Varsovia, la OTAN no solo no se disolvió, sino que se configuró como el instrumento político-militar al servicio de culminar la configuración de ese orden internacional de carácter unipolar que sirviera de soporte a la globalización neoliberal. Las guerras de Afganistán, Siria, Chad, Irak, Libia, etcétera, fueron el resultado de esta nueva caracterización de la OTAN.

Sin embargo, este objetivo no se ha conseguido y el imperialismo no ha consolidado ninguna de sus posiciones, agravando la crisis sistémica del capitalismo. La vergonzante retirada de Afganistán, la deficiente respuesta del mal llamado «primer mundo» a la pandemia generada por la covid-19 y las derrotas electorales en América Latina de las fuerzas sumisas a los Estados Unidos son algunas de las evidencias de este fracaso de imponer la hegemonía neoliberal en un orden unipolar.

En este contexto internacional, la comprobación por parte de Estados Unidos de su pérdida de capacidad para competir con el empuje de China se pone en evidencia en el desarrollo de la cooperación internacional cuando en la llamada Nueva Ruta de la Seda son más de ochenta Estados, algunos de ellos



históricos aliados de Estados Unidos, los que han buscado la colaboración y cooperación con una China cada vez más potente en sus capacidades tecnológicas y productivas.

De esta manera, la Directiva de Seguridad Nacional, publicada por Biden en marzo de 2021, reconoce textualmente que los Estados Unidos y sus aliados están en una situación de pérdida de influencia internacional y decadencia ante el avance de los países emergentes, de forma especial de una República Popular de China que potencia sus relaciones con Rusia mediante una colaboración euroasiática.

De esta manera, esta directiva se plantea el objetivo de frenar esa decadencia mediante una mayor cooperación política, económica y militar de los que cínicamente se autoproclaman «naciones democráticas»; se propone reagrupar fuerzas para buscar una confrontación directa con todos los Estados que no se someten a sus intereses y catalogan de forma más cínica aún como «naciones autoritarias», haciendo una referencia explícita a China y Rusia, que son definidas como «enemigos sistémicos». Se trata de llevar al planeta a un claro esquema de nueva guerra fría, de dividirlo en bloques plenamente separados y enfrentados, de manera que, reconociendo su incapacidad para conseguir en este momento su objetivo de consolidar un orden internacional unipolar, al menos lo configuren de manera bipolar, con dos bloques enfrentados militar y económicamente, evitando que se alcance ese orden internacional multipolar en el que cada Estado pueda tener plena soberanía en el disfrute de sus recursos naturales y en las elecciones de sus relaciones políticas, comerciales y económicas en el ámbito internacional.

Fruto de este análisis, se impulsó desde la presidencia de los Estados Unidos la celebración de una cumbre mundial en el mes de diciembre de 2021 para tratar de aislar internacionalmente a China y Rusia, al tiempo que se preparaba para el mes de junio una Cumbre de las Américas y una Cumbre de la OTAN en la que se pretende su refundación para dar lugar a lo que algunos llaman una «OTAN global» que abra las puertas a una gran ampliación de la organización con Estados de todo el planeta, para tener capacidad de intervención en cualquier lugar del mismo arrinconando definitivamente a las propias Naciones Unidas.

En esta perspectiva de activar el escenario de guerra fría, los Estados Unidos ponen en marcha diversas actuaciones que responden a una planificación global, aunque se apliquen de forma diferente según la región de la que se trate:

1. Se incrementa la presión sobre los Gobiernos europeos, y sobre todo de la Unión Europea, para que disminuyan al mínimo cualquier relación política, comercial o tecnológica con China y Rusia, a las que se imponen continuas sanciones comerciales y económicas.

El mantenimiento de estas sanciones sobre Rusia, que tanto perjudican a la economía de algunos Estados europeos como España, no tienen ningun-



na efectividad desde el punto de vista político, pero se mantienen como un mecanismo para dificultar la cooperación económica en el marco de una normalización de las relaciones de la Unión Europea con Rusia. Al tiempo, estas sanciones favorecen los intereses comerciales estadounidenses; como ejemplos, se pueden señalar tanto el bloqueo del gaseoducto Nord Stream, que aumenta las posibilidades de venta de gas de los Estados Unidos en Europa, así como la presión norteamericana para frenar la cooperación de empresas europeas con empresas tecnológicas chinas para el desarrollo de la tecnología 5G en beneficio de sus propias empresas.

2. Se intensifica la injerencia de Estados Unidos en América Latina para tratar de eliminar a los Gobiernos que plantean el desarrollo de una integración de la región desde unas perspectivas que aseguren una soberanía económica, energética y política que permita unas relaciones internacionales independientes, enterrando definitivamente la doctrina Monroe. En este apartado situamos el aumento de la presión sobre Venezuela y Cuba, junto a las actuaciones que se han apoyado desde Estados Unidos para derrocar los Gobiernos de Bolivia, Perú, Honduras o Brasil cuando se han mostrado hostiles a la política de Washington.



El objetivo es el control de Europa y de América Latina para poder dedicar el mayor número de recursos materiales y militares para la confrontación fundamental, que se sitúa en lo que consideran la mayor amenaza a la hegemonía de Estados Unidos: China en su alianza con Rusia.

La constatación de que China mantiene una política de relaciones exteriores claramente multipolar que rehúye cualquier esquema de guerra fría y, por tanto, no pretende la configuración de un bloque de influencia cerrado, sino que busca ampliar sus relaciones con todos los Estados del planeta, y que no ha respondido agresivamente a las provocaciones que sufre en la zona Asia/Pacífico, lleva a los Estados Unidos a intensificar una presión combinada sobre China y Rusia en su intención de buscar respuestas que justifiquen un incremento de las tensiones internacionales en clave «guerra fría».

La concreción de esta estrategia está siendo, de un lado, estrechar relaciones políticas y militares con un Taiwán que sigue proclamándose de forma ilegal República de China en clara contradicción con los acuerdos de las Naciones Unidas, que solo reconocen a la República Popular de China como representante único del pueblo chino, así como la activación de conflictos en torno a determinadas islas del mar de la China para evitar la dinámica creciente de la cooperación entre China y sus vecinos más cercanos, y el intento de crear una alianza política y militar con Australia e India, en confrontación con China.

Del lado de la frontera europea de Rusia nos encontramos que se alienta la ampliación de la OTAN, que con la entrada de Ucrania rodearía la frontera rusa, en contra de los acuerdos alcanzados con Gorbachov, al tiempo que se

aumenta la tensión en torno a Bielorrusia, generando un clima de tensión que no se recordaba desde los tiempos de la Guerra Fría del pasado siglo.

En este contexto debemos tener en cuenta que, aunque para los Estados Unidos ambas actuaciones forman parte de un mismo plan de reactivación del escenario de guerra fría, en el análisis tenemos que valorar que nos encontramos con una diferencia importante entre la respuesta que se produce desde China y la que se puede producir desde Rusia.

La diferencia principal la podemos ver cuando comprobamos cómo en China nos encontramos con un PCCh plenamente consolidado en el poder, sustentado en espectaculares éxitos económicos, sociales y políticos que han llevado a que su secretario general y presidente de la República Popular de China, Xi Jinping, reconocido como el líder con más apoyo social y popular desde Mao, esté renunciando a entrar en espirales de provocación militarista y de confrontación directa con sus vecinos, de manera que cuando se activan conflictos territoriales, desde la propia República Popular de China se responde poniendo en el centro de su política exterior la cooperación económica con esos mismos Estados.

El resultado son los avances que se están dando en toda la región con el desarrollo de la Nueva Ruta de la Seda y unos acuerdos económicos, financieros y comerciales claramente ventajosos para todos los Estados que los firman, lo que evita un crecimiento de la tensión militar en la zona.

En el caso de Rusia todo es diferente: en la medida de que una parte no pequeña del pueblo ruso mantiene cierta nostalgia por los tiempos de la Guerra Fría en los que la Unión Soviética era una gran potencia mundial, al presidente Putin le puede venir bien mantener una cierta tensión frente a los Estados Unidos para que pasen a segundo plano los serios problemas políticos y económicos que están debilitando no solo a su partido, sino su propia imagen como presidente, tal y como se ha visto en las últimas elecciones.

En este sentido, la crisis que provoca la expansión de la OTAN hasta la frontera rusa le sirve para activar la amenaza de una agresión externa que tenga como respuesta un cierre de filas en torno a una posición de fuerza que active el orgullo herido del pueblo ruso, nada nuevo si recordamos por ejemplo lo ocurrido con la entrada de Rusia en Crimea. Esta cuestión nos lleva a tener más incertidumbre sobre la posibilidad de que las tensiones que se provocan en la frontera europea de Rusia no lleven en algún momento a situaciones de tensión máxima propias de los peores momentos de la Guerra Fría del siglo xx.

De esta manera nos encontramos en una situación en la que las tensiones geopolíticas, aunque respondan a una lógica global, necesitan analizarse localmente en la medida que tienen elementos diferenciadores según las diversas realidades territoriales, dicho lo cual hay que dejar claro que no pueden tratarse las acciones de los Estados Unidos y sus aliados en la frontera europea de Rusia o en otras zonas del planeta y las respuestas que puedan producir des-



de una equidistancia, porque hay una cuestión que marca una diferencia fundamental: la persistencia de la OTAN como una alianza militar al servicio de un modelo de orden internacional, que parte de una lógica agresiva con base para el desarrollo armamentista, frente a quienes renuncian a la política de bloques militares para defender la lógica de una distensión con base en unas relaciones internacionales que primen la negociación sobre la confrontación.

El mantenimiento de la OTAN como organización militar manifiesta la determinación del imperialismo de no renunciar a la violencia como instrumento de política exterior para intentar conseguir la hegemonía política, económica y militar, de manera que el primer objetivo para poder avanzar hacia un nuevo orden internacional que se base en un modelo de seguridad compartida entre la comunidad de Estados soberanos sea plantear la disolución de la OTAN, el cierre de sus bases de los Estados Unidos repartidas por todo el planeta y de cualquier alianza militar, para situar en unas Naciones Unidas refundadas el instrumento para la resolución de los conflictos de carácter internacional.

En este sentido, nadie duda de que tensiones fronterizas, problemas entre Estados, siempre van a existir. La cuestión está en definir cómo se resuelven para evitar que cualquier problema internacional se convierta en un conflicto militar, precisamente. Lo que la olvidada y maltratada Carta Fundacional de las Naciones Unidas trataba de conseguir.

Pues bien, dicho todo esto, la cuestión que se plantea es qué pueden hacer las fuerzas que defienden la necesidad de construir un orden internacional que esté al servicio de conseguir que todos los seres humanos del planeta tengan derecho a una vida digna, hayan nacido donde hayan nacido, y hacerlo desde la certidumbre de que en este momento de la historia los avances técnicos, científicos y el desarrollo de las fuerzas productivas podrían resolver los problemas de alimentación, salud, vivienda y demás necesidades básicas si se pusieran al servicio de un modelo social solidario y justo en la distribución internacional de las riquezas del planeta.

La cuestión es defender el desarrollo de un orden internacional que recupere los instrumentos y objetivos de la Carta Fundacional de las Naciones Unidas que, elaborada en junio de 1945, fue enterrada al poco tiempo de nacer con el inicio de la Guerra Fría del siglo xx, que se puede situar en 1947 o, mejor, en 1949, cuando se funda la OTAN y se produce el bloqueo de Berlín. De esa manera las Naciones Unidas quedaron arrinconadas como instrumento único de intervención internacional para la resolución de los conflictos desde la negociación y el diálogo entre Estados, pasando a ser un escenario más de la Guerra Fría.

Desde esta visión global es desde la que se puede entender que las crisis que se producen en la frontera europea de Rusia no son una cuestión exclusivamente local ni, mucho menos, coyuntural, sino que corresponde a la expresión de las tensiones que se provocan entre quienes están interesados en crear



un estado de guerra fría y que, por lo tanto, hay que plantear propuestas que partiendo de lo local tengan una perspectiva global, de manera que se rompa la lógica de la confrontación y se asuma la necesidad de defender la definición de un nuevo orden internacional que busque cómo afrontar de una forma compartida el futuro de toda la humanidad.

Una alternativa que actúe desde la convicción de que esta crisis del capitalismo nos puede arrastrar a una barbarie que ya empieza a tomar cuerpo en la emergencia climática, pero que es más amplia, hasta llegar a una verdadera catástrofe que ponga en peligro la continuidad de la vida en el planeta en todas sus formas, y que por lo tanto exige una respuesta generada desde la audacia, la creatividad, el estudio y la organización de quienes estén decididos a luchar por una nueva sociedad.

Es el momento de activar el movimiento por la paz y la solidaridad en todo el planeta en defensa de un mundo multipolar que renuncie a la guerra como instrumento de la política. Al tiempo, estamos ante una oportunidad para que España no asuma un papel seguidista de las directrices de la OTAN y se pronuncie activamente en defensa de propuestas que planteen la defensa de una salida negociada de los conflictos existentes en la frontera europea de Rusia, sobre la base de no modificar la actual situación geomilitar de esa zona, para poder negociar en el marco de las Naciones Unidas un acuerdo por el que se garantice la soberanía de todos los Estados y la seguridad en las fronteras, con la retirada de todas las tropas extranjeras de la región.

En paralelo al planteamiento de la disolución de las estructuras militares para situar en las Naciones Unidas el instrumento que pueda asegurar la paz y la distensión en todo el planeta, construyendo una comunidad internacional que pueda tener un destino compartido en el objetivo de que todos los seres humanos puedan tener derecho a una vida digna y pacífica en sintonía con la pervivencia de la naturaleza, es necesario plantear la necesidad de una refundación de las Naciones Unidas y sus agencias y organismo adjuntos, para que pueda convertirse realmente en una institución que permita resolver los conflictos y problemas entre Estados desde el diálogo y la negociación, porque solamente enterrando definitivamente el colonialismo, el hegemonismo y el militarismo se puede pensar en una resolución pacífica de los conflictos internacionales.

Esta línea de actuación permitiría a España tener un protagonismo internacional con perfil propio que redundaría en importantes beneficios, al diversificar nuestras relaciones económicas y políticas. La experiencia de nuestra participación subsidiaria en la guerra del Golfo o en otras aventuras militaristas de la OTAN nos demuestra que tenemos poco que ganar en este camino de renuncia a jugar un papel de equilibrio entre las fuerzas en conflicto.

En estas circunstancias, frente a la cumbre que plantea Biden y que culminará con la refundación de la OTAN como una alianza militar de carácter global para conseguir el dominio social, cultural y económico en el planeta, que



ahora ven amenazadas, es imprescindible tomar conciencia de la necesidad de promover un proceso que culmine en una cumbre por la paz. Una cumbre que estudie y trabaje las propuestas desde las que formular un llamado para alcanzar un consenso mundial sobre un concepto de seguridad humana basado en la construcción de una comunidad internacional con un destino compartido para toda la humanidad, proyecto que empiece por dar respuesta satisfactoria a la lucha contra la covid-19 y sus consecuencias económicas, en favor de los sectores más desfavorecidos de la sociedad. Un gran proyecto de cooperación internacional que permita mejorar de forma inmediata las condiciones de vida de millones de seres humanos que están sufriendo en estos momentos las consecuencias de la crisis provocada por las políticas coloniales y neoliberales y que se ha visto agravada por la pandemia de la covid-19.

Cómo organizar, preparar y desarrollar este proceso y la consecuente cumbre alternativa, que ya está en marcha desde coordinaciones de ámbito internacional, del Estado español y de Madrid, como ciudad a la que le corresponde el desafortunado papel de receptora de la Cumbre de la OTAN, para que esta cumbre de la paz sea realmente inclusiva, abierta y participativa: esta es la cuestión que tenemos que apoyar desde todas las plataformas y redes internacionales que nos declaramos defensoras de un orden internacional justo, solidario y pacífico, en el que todos los seres humanos puedan alcanzar una forma de vida digna en plena armonía con la naturaleza y el resto de seres vivos que habitan el planeta, y hacerlo sin perdernos en cuestiones de protagonismos o personalismos. El enemigo imperialista no se detiene, y el reto es tan grande que se necesita tener la grandeza de miras que se ha tenido en los grandes momentos exitosos de las luchas sociales para anteponer todo lo que nos une a las naturales diferencias que existen en las fuerzas sociales, sindicales y políticas del antiimperialismo; para conseguir resolver en favor de la humanidad el dilema que nos planteó Rosa Luxemburgo entre «socialismo o barbarie». ★

